La Comédiathèque

Flagrante delirio

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Flagrante delirio

Jean-Pierre Martinez

Un cadáver en una sauna, una denuncia por plagio y un comisario a punto de jubilarse. Navarro se ve envuelto en una investigación que amenaza con convertirse en un asunto de Estado. A menos que todo sea puro teatro...

Reparto (6 personajes)
Comisario Navarro (hombre o mujer)
Inspector Jaleón (hombre o mujer)
Comisaria Ramírez (hombre o mujer)
Comisaria principal Narizón (hombre o mujer)
Barón de Casteladrón (hombre o mujer caracterizada como hombre)
Baronesa de Casteladrón (mujer u hombre caracterizado como mujer)

Distribuciones posibles: 6M, 1H/5M, 2H/4M, 3H/3M, 4H/2M, 5H/1M y 6H. El intérprete del barón encarna también a Francisco Mascarado.

© La Comédiathèque

Acto I

Un despacho de una comisaría de las de antes. Dos mesas, muebles gastados y un teléfono que parece una pieza de museo. El inspector Jaleón duerme sobre el escritorio, junto a una botella de whisky. Entra el comisario Navarro, cuelga la gabardina y se sienta a leer una revista para jubilados. En portada: «La depresión después de la jubilación» o «Cómo organizar tu propio funeral». No parece entusiasmarle. Suena el teléfono. Jaleón empieza a despertar. Navarro descuelga.

Navarro – Navarro al habla. Buenos días, señor... No, me temo que el comisario Ramírez nos ha dejado.

Entra la comisaria principal Narizón con una corona de flores que lleva la inscripción «A nuestro querido compañero y amigo».

Navarro (*mirando la corona*) – Sí, para siempre, se podría decir... No, no me habló del asunto antes de marcharse... Seguramente no le dio tiempo... Por supuesto, pase cuando quiera.

Navarro cuelga. Narizón deja la corona junto a su mesa.

Narizón – Buenos días, Navarro.

Navarro – Señora comisaria principal...

Narizón lanza una mirada desaprobadora a Jaleón, quien emerge lentamente.

Narizón – Inspector...

Navarro (*leyendo la corona*) – «A nuestro querido compañero y amigo». Narizón, no hacía falta... ¡Si yo solo me jubilo!

Jaleón se levanta y da unos pasos inseguros.

Narizón – Navarro, es para el comisario Ramírez. Lo hemos enterrado esta mañana. Había que tener un detalle.

Navarro – Ah, claro, Ramírez... ¿Esta mañana? ¿Y se han traído la corona?

Jaleón se acerca a la corona y pone la mano sobre ella.

Jaleón – Son falsas, ¿no?

Navarro – Vaya, pues dan bastante el pego.

Narizón – Las flores artificiales son eternas. Como nuestro pesar. Y, además, podemos reutilizarlas.

Navarro – Por supuesto... Y como no hay nombre en la corona... es conveniente...

Narizón – Como saben, este año han vuelto a recortar el presupuesto de la policía. Hay que reducir el déficit.

Navarro – Coronas de mentira... Menos mal que me jubilo. Lo próximo serán pistolas de juguete y chalecos antibalas de cartón.

Jaleón (*murmurando*) – Siempre y cuando me dejen beber auténtico whisky...

Jaleón intenta ocultar su botella. Narizón le lanza una mirada molesta, pero prefiere no hacerle caso.

Narizón – Bueno, comisario, ¡su último día! ¿Cómo lleva la jubilación?

Navarro (*mostrando la revista*) – Estoy documentándome. De momento, cuanto más leo, más ganas me dan de pegarme un tiro.

Narizón – Vamos, Navarro, todavía es joven. Podría quedarse unos años más. ¿Por qué se va si tanto teme aburrirse?

Navarro – Hay que saber retirarse a tiempo, Narizón. (*Con ironía*) Prefiero marcharme en la cima de mi carrera.

Su teléfono suena de nuevo.

Navarro – Navarro al habla. Sí, señor director... Desde luego, señor director... Adiós, señor director... (*Cuelga.*) Era el director.

Narizón – Para felicitarle por su brillante carrera, supongo.

Navarro – Más bien para asegurarse de que mañana ya no estaré aquí... y de que no me llevaré ningún expediente comprometedor.

Jaleón – ¿Comprometedor para quién?

Navarro – ¿Tenía algo más que decirme, señora comisaria? ¿Algún último caso que quiera encargarme?

Narizón – No, Navarro, parece que será un día tranquilo. Podrá recoger sus cosas con calma.

Navarro se levanta y toma la corona.

Navarro – Voy a devolver las flores al almacén. Hasta el próximo entierro.

Jaleón – Mejor, jefe. Tal como está, parece que el muerto es usted.

Navarro sale con la corona.

Narizón – ¿A qué hora empieza su despedida?

Jaleón – A las seis. Al terminar el servicio.

Narizón – Bien. ¿No le ha dicho nada? Tiene que ser una sorpresa.

Jaleón – Ni una palabra. Aunque, dígame, ¿se le puede ocultar algo a un policía de su categoría?

Narizón – Sin alcohol en la fiesta, ¿eh? Usted conoce las nuevas instrucciones...

Jaleón – Tranquila, jefa. Yo jamás bebo fuera de mi horario de trabajo... Hemos cambiado el champán por sidra sin alcohol.

Narizón – Igual de buena y mucho más barata. ¿Dónde ha escondido las botellas? Espero que no en el almacén.

Jaleón – Las he puesto a enfriar en un sitio donde nunca se le ocurrirá buscarlas.

Narizón – ¿Dónde?

Jaleón – En la cámara frigorífica de la morgue.

Narizón – Ingenioso. Bueno, le dejo trabajar. Y, ya que tiene tiempo, Jaleón, a ver si me ordena un poco este desastre.

Jaleón – Sí, señora Comisaria.

Narizón – El fiscal vendrá esta tarde a la despedida. No quiero que se lleve una mala impresión.

Jaleón – De acuerdo, señora Comisaria.

Narizón se va.

Jaleón – Parece mi madre cuando me mandaba recoger la habitación...

Entra Conchita Ramírez y sorprende a Jaleón dándose un buen trago de whisky.

Jaleón – Aquí no hay quien tenga cinco minutos de tranquilidad.

Ramírez – Perdón por interrumpirle en pleno trabajo...

Jaleón – La próxima vez, anúnciese primero en recepción, jovencita. ¿Qué desea?

Ramírez – Soy la Comisaria Ramírez.

Jaleón – Si usted es la comisaria Ramírez, yo soy la madre superiora.

Ramírez – Disculpe, madre. La había confundido con un policía.

Navarro regresa con la corona.

Navarro – No hay sitio en el almacén... Cuando vacíe mis cajones habrá más espacio. De momento, la dejo aquí.

Coloca la corona y mira a Ramírez.

Navarro – Señorita, ¿podemos ayudarla?

Jaleón – No se lo va a creer, jefe. Esta joven asegura que es la comisaria Ramírez.

Navarro – Vaya. Nunca he creído en la reencarnación, pero empiezo a dudarlo. El último comisario Ramírez tenía bastante menos atractivo que usted, créame.

Jaleón – Entre nosotros lo llamábamos Quasimodo...

Narizón regresa.

Narizón – Ah, Ramírez, ya está aquí. Señores, les presento a la comisaria Conchita Ramírez, hija de nuestro querido compañero, al que hemos enterrado esta mañana.

Navarro – ¿En serio?

Jaleón – Ahora que lo menciona... Sí, hay cierto parecido familiar...

Navarro (*estrechando la mano de Ramírez*) – Comisario Navarro. Mi más sentido pésame. Siento no haber ido al entierro, pero hoy es mi último día en el cuerpo y...

Narizón – Precisamente. Ramírez ocupará su despacho. El mismo que usted compartía con su padre.

Navarro – Si es un asunto familiar, entonces...

Narizón – Recortes de plantilla. Por cada dos agentes que se jubilan o mueren, contratamos a uno. Ya saben cómo funciona.

Navarro – O sea, que nos sustituye a los dos.

Narizón – Estoy segura de que una recién licenciada podrá hacer el trabajo de dos veteranos. Aunque, claro, nadie puede sustituir al comisario Navarro...

Navarro – Como dice el refrán: el futuro es de las mujeres.

Ramírez – Gracias por esta cálida bienvenida...

Narizón – Me la llevo un momento para que firme los papeles. Después, Navarro, póngala al día de los casos pendientes.

Navarro – Con mucho gusto, señora Comisaria.

Ramírez – Gracias por la corona, me ha conmovido mucho.

Jaleón intenta ocultar la corona.

Narizón – Su padre fue un gran policía. Murió al servicio del país. Acompáñeme, comisaria.

Narizón sale con Ramírez.

Jaleón – Al servicio del país... Se atragantó con un mejillón mientras almorzaba en un restaurante.

Navarro – ¿Y qué demonios hace esta chica aquí? ¡La policía no es una notaría! Los puestos no se heredan de padres a hijos.

Jaleón – Quizá quiera recoger el testigo que su padre dejó caer.

Navarro – Cuidado, Jaleón, el whisky le pone poético. Pero tiene razón: si atragantarse en el almuerzo es morir por la patria, a usted le darán una medalla cuando el hígado le diga basta. Por sus servicios a la industria del alcohol.

Jaleón – Lo dudo, jefe. Este whisky es de contrabando. Lo requisamos en una operación cerca de la frontera.

Navarro – ¿Whisky de contrabando? Si hasta los delincuentes se han puesto a fabricar whisky, el fin del mundo está cerca.

Jaleón – También he visto señales del apocalipsis, jefe. No es normal morir por un mejillón. Yo diría que resulta sospechoso.

Navarro – ¿Sospechoso? No me diga que también cree en conspiraciones. ¿Cree que los criadores de ostras han declarado la guerra a la policía?

Jaleón – De mejillones, jefe. Las ostras no tienen nada que ver.

Navarro – Bien, le escucho...

Jaleón – Yo veo el argumento así: la hija no cree que fuese un accidente y se hace trasladar a la comisaría de su padre el mismo día del entierro... para investigar su muerte.

Navarro – ¿Y qué le hace pensar eso, Jaleón?

Jaleón – Lo vi en una serie policíaca.

Navarro – Ve demasiada televisión, Jaleón. Y espero que no haya preparado ninguna fiesta sorpresa por mi jubilación. Odio las sorpresas. Una despedida es un entierro con canapés.

Jaleón – Descuide, jefe. Respetaremos sus últimas voluntades. Sin flores ni coronas.

Ramírez regresa.

Navarro – Ah, comisaria Ramírez... Hablábamos precisamente de su difunto padre.

Jaleón – Y las circunstancias heroicas de su muerte.

Navarro le lanza una mirada reprobatoria.

Ramírez – Solo veo dos escritorios... ¿Dónde me instalo?

Navarro – Para hoy, tendremos que compartir el mío. Pero mañana será todo suyo, no se preocupe.

Jaleón – Habrá que limpiar un poco antes de que se instale, Ramírez...

Ramírez – Si no le importa, inspector, prefiero que me llame comisaria Ramírez.

Jaleón – Por supuesto, Comisaria.

Se acerca al escritorio de Navarro.

Ramírez – ¿Y no tiene ordenador?

Navarro – Soy un policía de la vieja escuela. Cuando empecé, la tecnología punta era una calculadora de bolsillo y un teléfono para ligar.

Ramírez – Lo entiendo...

Navarro – Me jubilo esta noche. A estas alturas no voy a cambiar mis métodos de trabajo.

Ramírez – Le pediré a Narizón que me consiga un ordenador.

Jaleón – Comisaria principal Narizón, si no le importa. Le gusta que se respeten sus galones.

Navarro – ¿Quiere un café?

Jaleón – A menos que la señorita prefiera un té... (*Ramírez lo fulmina con la mirada.*) Perdón: la comisaria Ramírez.

Ramírez – Un café estará bien.

Navarro le sirve café en una taza de diseño espantoso, como si le entregara una reliquia sagrada.

Navarro – Era la taza de su padre. Seguro que le habría gustado dejársela en herencia.

Ramírez – Gracias. Procuraré estar a la altura.

Navarro – ¿Un café, Jaleón?

Jaleón – Sí, con un edulcorante y un toque de leche, por favor...

Navarro también le sirve café a Jaleón. Todos toman un sorbo y hacen muecas.

Navarro – Si quiere una reforma de verdad, Ramírez, que pongan una máquina de café decente en cada comisaría.

Jaleón echa un chorrito de whisky en su café. Ramírez se da cuenta.

Ramírez – Y un alcoholímetro al lado.

Silencio incómodo. Terminan el café. Entra la baronesa Margarita de Casteladrón.

Margarita – ¿Comisario Navarro?

Navarro – Hasta esta noche, sí.

Margarita – Comisario, vengo a informarle sobre la muerte de mi esposo.

Jaleón – Parece que se acabó la tranquilidad...

Navarro – Por favor, siéntese.

Margarita se sienta.

Navarro – Para empezar, díganos quién es usted, señora.

Navarro hace una seña a Jaleón para que tome nota.

Jaleón – Nombre, apellidos, edad, cualidades... Si es que tiene alguna.

Navarro le lanza una mirada de desaprobación mientras Margarita lo mira furiosamente.

Navarro – Con saber a qué se dedica nos bastará, señora.

Margarita – Baronesa Margarita de Casteladrón. Quinta de su nombre.

Navarro (*a Ramírez*) – Comisaria, si quiere acompañarnos...

Ramírez – Conchita Ramírez, comisaria de policía. Primera de mi nombre.

Jaleón – ¿Edad...? ¿Profesión...?

Margarita – Mi edad no es asunto suyo. Y pertenezco a una familia de categoría, de esas que no necesitan trabajar.

Navarro – Muy bien... ¿Podría al menos decirnos el nombre de su difunto esposo?

Margarita – Enrique de Casteladrón.

Jaleón – ¿Profesión?

Margarita – No me diga que nunca ha oído ese nombre antes...

Navarro – Ya sabe, en nuestro oficio, vemos pasar tanta gente...

Jaleón – Entonces, si no tenía antecedentes penales...

Margarita – Los Casteladrón no tenemos antecedentes penales, inspector. Tenemos antepasados ilustres. ¡Cinco generaciones de nobleza, nada menos!

Jaleón – ¿Cinco generaciones? ¿Y eso cuántos años de garantía da?

Navarro – Ninguno, Jaleón. La nobleza, como los muebles antiguos, se paga más cuanto más vieja es.

Ramírez – Si volvemos a nuestro asunto, estimada señora... ¿Dónde encontró a su esposo?

Margarita – ¿Se refiere después de su muerte, supongo?

Ramírez – Eh... sí.

Margarita – En el sótano de nuestro palacete, en la zona de gimnasia...

Jaleón – Genial...

Margarita – En la sauna.

Navarro – ¿En la sauna?

Margarita – Un horrible accidente, Comisario...

Ramírez – ¿Y está segura de que está muerto?

Margarita – Anoche no reparé en su ausencia. Su Jaguar no estaba en el garaje. Pensé que había salido. Esta mañana...

Ramírez – ¿Esta mañana?

Margarita – Lleva unas doce horas dentro de la sauna.

Jaleón – Entonces, está segura de que está muerto.

Margarita – Es difícil asegurarlo. Por el cristal solo se ve vapor... y unas marcas de uñas. Pero con su corazón delicado, no creo que haya sobrevivido.

Ramírez – ¿Y no intentó sacarlo de allí?

Margarita – La puerta parece atascada. Supongo que se habrá hinchado por el calor. En vez de llamar a un técnico, pensé que debía avisar a la policía.

Navarro – Ha hecho bien. El inspector Jaleón le tomará declaración en el despacho de al lado. Nosotros enviaremos a alguien a comprobar lo ocurrido.

Margarita – Gracias, Comisario.

Jaleón – Baronesa, si tiene la amabilidad de acompañarme...

Jaleón sale con Margarita.

Navarro – Una baronesa... Lo único que faltaba...

Ramírez – ¿Qué opina de este caso, Comisario?

Navarro – ¿Un caso? ¿Qué caso? A primera vista, parece un accidente doméstico.

Ramírez – No sé... Esa sauna me huele mal.

Navarro – No es habitual, desde luego. Pero lo mismo se puede morir de un infarto en una sauna que atragantarse con un mejillón en un restaurante... (*Ramírez lo fulmina con la mirada.*) Perdón. No quería abrir viejas heridas.

Ramírez – Yo no creo que ninguna de las dos muertes fuese accidental.

Navarro – Entiendo que hoy esté sensible, pero el dolor puede nublarle el juicio. No vea conspiraciones por todas partes.

Ramírez – ¿Ah, no? Creía que nuestro trabajo consistía precisamente en sospechar de todo el mundo.

Navarro – O sea, que para usted todo inocente es un culpable sin descubrir.

Ramírez – Un hombre encerrado toda la noche en una sauna. ¿No le parece raro?

Navarro – Visto así... «La sauna cerrada por dentro». Suena a título de novela policíaca.

Narizón llega preocupada.

Narizón – Acabo de hablar con la baronesa. Está declarando sobre la muerte de su marido.

Navarro – ¡Vamos, Narizón! Un hombre mayor sufre un infarto en una sauna. No estamos ante el crimen del siglo.

Narizón – No se da cuenta, Navarro. ¡Este asunto es muy delicado! Enrique de Casteladrón no es cualquiera.

Navarro – ¿Ah, sí? ¿Y quién es exactamente?

Narizón – ¿Nunca ha oído hablar de Enrique de Casteladrón?

Navarro – El nombre me suena... ¿Pero por qué es famoso?

Narizón – No lo recuerdo muy bien. Pero sale mucho por televisión.

Ramírez – Eso debe de ser lo que lo hace famoso.

Navarro – Antes salías en televisión porque eras famoso. Ahora eres famoso porque sales en televisión.

Narizón – He intentado localizar al fiscal Bombero para pedirle instrucciones, pero no contesta al móvil.

Ramírez – ¿El Fiscal Bombero? ¿Ese es su verdadero nombre?

Navarro – Le viene que ni pintado. En cuanto salta un escándalo, lo mandan a apagar el fuego.

Narizón – En cualquier caso, Navarro, le pido que trate este asunto con la mayor discreción.

Navarro – Y yo que pensaba despedirme de la policía por todo lo alto...

Narizón – Nada de heroicidades, Navarro. Es su último día. He hablado con el fiscal para que le concedan una medalla. Él iba a comentarlo con el ministro.

Ramírez – Si me lo permite, Señora Comisaria Principal, me gustaría asistir al Comisario Navarro en esta investigación.

Narizón – Excelente idea, Ramírez. ¿Le importa, Navarro? Así irá cogiendo experiencia.

Navarro – Quiere decir que podrá vigilarme e informar de todo lo que hago.

Narizón – También. Estamos tratando con famosos, Navarro. Gente importante.

Navarro – Sí, entendí. Gente conocida, en fin.

Narizón – En cualquier caso, no estamos hablando de ciudadanos cualquiera.

Navarro (*solemne*) – La justicia es ciega. Hasta que reconoce a un famoso.

Narizón – Conozco sus métodos, Navarro. Y los de Jaleón son peores. Ramírez aportará la delicadeza que este asunto exige.

Ramírez – En ese caso, iré de inmediato al lugar, Señora Comisaria.

Narizón – Cuento con usted para que actúe con la mayor discreción, Ramírez.

Ramírez sale.

Navarro – Así que usted me aparta de un caso delicado. ¿A unas pocas horas de la jubilación?

Narizón – ¡Pero no, Navarro! Por supuesto que no... Solo dije eso para darle confianza.

Navarro – Estoy bromeando, Narizón. No me importa en absoluto esta historia. Y si puedo ayudar un poco a esta pobre chica a superar la prueba que está pasando.

Narizón – Su padre ha muerto de forma repentina. Confío en que la ayude en su primera investigación. ¿Cree que podemos fiarnos de ella?

Navarro – De casta le viene al galgo...

Narizón – No sé si eso me tranquiliza... Su padre murió atragantado con un mejillón.

Narizón sale. Navarro suspira y comienza a empacar el contenido de sus cajones en una caja.

***Negro*.**

Acto II

Navarro guarda sus cosas. Jaleón regresa.

Navarro – Lo que se llega a acumular en treinta años de servicio, Jaleón... (*Muestra un paquete envuelto en plástico.*) Mire, en el fondo del cajón he encontrado un kilo de cannabis que ni recordaba.

Jaleón – Menos mal que ha hecho limpieza antes de que llegue Ramírez. Conociéndola, habría tenido algo que objetar a nuestros métodos.

Navarro – Me pregunto qué encontrará su sucesor en los cajones de su escritorio cuando se jubile, Jaleón.

Jaleón – Botellas vacías, sobre todo. Usted ya me conoce, jefe. Yo no consumo drogas.

Jaleón se toma otro trago. Navarro huele el paquete.

Navarro – No sé si aún estará en buenas condiciones.

Jaleón – ¿No lleva fecha de caducidad?

Navarro mira distraídamente.

Navarro – Me lo guardaré de recuerdo.

Coloca el paquete en su caja.

Jaleón – Cuando uno se jubila siempre conoce a algún enfermo que podría agradecer un poco de cannabis medicinal. Por hacer una buena obra...

Navarro – Muchas gracias, Jaleón. Me llega al alma.

Jaleón – Le echaré de menos, jefe. Nunca pensé que lo diría, pero desde que sé quién va a sustituirle...

Navarro – Ramírez ya le ha echado el ojo. Y no precisamente para bien.

Jaleón – No entiendo por qué le he causado tan mala impresión.

Navarro – Y felicidades por la fiesta de esta tarde, Jaleón. Me ha costado averiguar dónde había escondido las botellas.

Jaleón – ¿Cómo lo ha sabido?

Navarro – Muy fácil. Me he preguntado dónde las escondería yo.

Jaleón – Y ha ido directo a la morgue. Es usted un detective extraordinario.

Navarro – Sin duda. Acabo de hacer que me confiese dónde están sin tener ni idea.

Jaleón – En cuanto al champán, es posible que se decepcione.

Navarro – ¿Es un vino espumoso barato?

Jaleón – Peor.

Navarro – No me diga que es sidra sin alcohol. Sabía que había recortes, pero no imaginaba que Narizón me humillaría hasta ese extremo...

Jaleón – Yo no le he dicho nada. Cuando vea a Narizón, ponga cara de sorpresa.

Navarro – Todo buen policía es también un buen actor. ¿Qué ha hecho con la baronesa?

Jaleón – Le di unos golpes con el directorio de la alta sociedad para que cantara, pero no soltó prenda.

Navarro – ¿Para que confesara qué?

Jaleón – No lo sé. Ni siquiera le he preguntado. Confiaba en una confesión espontánea.

Navarro – No la habrá detenido, espero. Sabe que para ciertas diligencias necesitamos autorización del fiscal.

Jaleón – Está tomando el té con Narizón.

Navarro – La amabilidad también funciona. He conseguido que más de una ancianita confiese haber liquidado a su marido solo con un té de marihuana y unas pastas.

Ramírez vuelve.

Navarro – ¿Qué tal, comisaria? ¿Cómo ha ido la visita a la sauna?

Ramírez – He hecho trasladar el cadáver a la morgue para practicarle la autopsia.

Navarro – El forense nos dirá la causa de la muerte.

Ramírez – ¿Y todas esas botellas de sidra sin alcohol que había en la cámara frigorífica?

Navarro – ¿Lo ve, Jaleón? La investigación avanza. Ya sé qué vamos a beber en mi fiesta sorpresa. Sidra sin alcohol... ¡Fantástico!

Narizón llega.

Narizón – No hablen tan alto. La viuda está en mi despacho. Entonces, ¿es verdad? ¿Enrique de Casteladrón ha muerto?

Ramírez – Si no lo está, lo disimula estupendamente. Su cuerpo yacía en un charco de sudor. Calculo que perdió unos cinco litros.

Narizón – ¿De sangre?

Ramírez – ¡De sudor! Nadie puede sobrevivir a semejante pérdida de agua.

Jaleón – Nunca había pensado en eso... Sabemos que tenemos unos cinco litros de sangre, pero ¿cuántos litros de agua hay en un cuerpo?

Navarro – Somos un sesenta por ciento agua. Unos cincuenta litros.

Jaleón – ¿Cincuenta litros?

Navarro – En su caso, mucho menos, Jaleón. Con lo que bebe, yo aconsejaría al forense que no fumase mientras le practica la autopsia.

Narizón – Pero ¿en qué estaría pensando el barón? Todo el mundo sabe que no debe permanecer más de media hora en una sauna.

Ramírez – Estaba atrapado dentro. He tenido que forzar la puerta para sacar el cuerpo.

Jaleón – Qué muerte más espantosa. Yo no vuelvo a meterme en una sauna.

Navarro – Eso no es excusa para dejar de ducharse, Jaleón. Que yo sepa, nadie ha muerto ahogado por quedarse encerrado en una ducha.

Narizón – Entonces fue un accidente. Menos mal. Esa hipótesis me gusta mucho más.

Ramírez – Desafortunadamente, no es tan simple como eso, Señora Comisaria...

Narizón – ¿Qué ocurre ahora?

Ramírez – Aparentemente, el barón había tomado somníferos.

Narizón – ¿Un suicidio?

Ramírez – La puerta estaba sellada con pegamento para impedir que se abriera.

Jaleón – Ya lo veo: se toma los somníferos, pega la puerta de la sauna y así no puede echarse atrás.

Navarro – ¿Suicidarse encerrándose en una sauna? En treinta años de servicio nunca había oído algo parecido.

Jaleón – ¿Encontró algún tubo de pegamento en los bolsillos?

Ramírez – No.

Navarro – Pues su teoría no se sostiene, Jaleón. Ni con pegamento.

Ramírez – A menos que se trate de un asesinato.

Narizón – ¡Ay, no! Primero suicidio, ahora asesinato... Me gustaba mucho más cuando era un accidente.

Jaleón – ¿Y cómo sabe que había tomado somníferos? Todavía no se le ha hecho la autopsia.

Ramírez – Encontré un envase vacío en el bolsillo de su esmoquin.

Navarro – ¿Su esmoquin?

Ramírez – Se me olvidó comentarlo. La víctima llevaba un esmoquin.

Jaleón – ¿Un esmoquin para entrar en la sauna? Un poco elegante, ¿no?

Navarro – Supongo que ni siquiera en los balnearios de lujo exigen esmoquin para entrar en la sauna.

Jaleón – Quizá quería morir con estilo. Hay que admitir que un esmoquin viste más a un cadáver que un albornoz.

Narizón – ¡Los muertos no llevan esmoquin, Jaleón!

Jaleón – Pues sería un buen título para una novela de misterio.

Navarro – Pero no nos acerca a resolver esta.

Ramírez – O confirma que fue un asesinato. El culpable le pone un somnífero en los mejillones y deja el envase en el bolsillo del muerto para simular un suicidio.

Jaleón – ¿Mejillones?

Ramírez – Sí. Creo que puede haber una relación con otro caso.

Narizón – ¿Le encontraron mejillones con patatas fritas en el estómago?

Ramírez muestra un recibo.

Ramírez – Llevaba en el bolsillo la cuenta de un restaurante: «El Paraíso de las Conchas». Está aquí cerca, junto a un teatro.

Narizón muestra la portada de una revista de espectáculos.

Narizón – Un teatro donde se está representando una obra de Enrique de Casteladrón.

Navarro – No sabía que le interesara tanto el teatro, Narizón.

Narizón – Me lo ha contado la baronesa. Hasta me ha regalado dos entradas.

Navarro – Empiezo a pensar que este asunto tiene más complicaciones de las que parecía.

Narizón – Voy a intentar hablar otra vez con el fiscal para pedirle instrucciones.

Narizón se va.

Jaleón – ¿Se imagina? ¡Un gimnasio entero en el sótano de su casa!

Navarro – Y yo que pensaba que los privilegios de la aristocracia habían desaparecido con la Revolución francesa...

Ramírez – ¿Han conseguido sacarle algo a la baronesa?

Jaleón – Ni una palabra. Más muda que una tumba.

Ramírez – Voy a ver qué dice el forense.

Jaleón – Los muertos suelen hablar más que los vivos.

Navarro – Y mienten mucho menos, Ramírez. Esa es una de sus grandes virtudes.

Jaleón – Un muerto jamás le decepciona.

Navarro – Apúntelo, comisaria. Puede serle útil.

Ramírez – Gracias por esta información. Seguro que hará avanzar la investigación a pasos agigantados.

Ramírez sale.

Navarro – ¿Ha notado un poquito de ironía en ese comentario, Jaleón?

Jaleón – ¿Un trago para levantar el ánimo, jefe?

Navarro – No le diré que no. Sabiendo que esta tarde nos espera sidra sin alcohol...

Jaleón – Será mejor llegar ya borrachos a la despedida.

Se sirven un generoso whisky. Entra Francisco Mascarado, con peluca y bigote postizos, tan poco convincentes que resulta cómico que los policías no reconozcan el disfraz.

Francisco – Buenos días, señores. Francisco Mascarado. Dramaturgo.

Jaleón – Lo que faltaba: un dramaturgo. Menudo día llevamos.

Navarro – ¿En qué podemos ayudarlo, querido señor?

Francisco – Presenté una denuncia hace unos días contra Enrique de Casteladrón.

Navarro – Vaya, vaya. ¿Y por qué motivo?

Francisco – Ha plagiado una obra mía: «Flagrante delirio». Lleva un mes en cartel en un teatro de aquí cerca.

Navarro – ¿«Flagrante delirio»? Nunca he oído hablar de ella...

Jaleón – Pero, jefe, ¡si sale en todos los periódicos! Es un fracaso estrepitoso.

Navarro – ¿Y por qué hablan tanto de ella, si es un fracaso?

Francisco – Porque su autor es famoso. El fracaso de un famoso también es noticia.

Navarro – En fin... ¿Qué quiere de nosotros?

Francisco – Ya denuncié el plagio ante el comisario Ramírez, pero no he tenido respuesta.

Navarro – Es que ha muerto.

Francisco – ¿Ha muerto el barón de Casteladrón?

Navarro – ¡No! ¡El comisario!

Francisco – Ah, menos mal...

Jaleón – Bueno, el barón también ha muerto, pero eso es otro asunto.

Navarro – Y, por ahora, información confidencial.

Francisco – Pero eso no puede ser... ¿Casteladrón está muerto?

Jaleón – Parece afectarle mucho. ¿No eran enemigos?

Francisco – Teníamos nuestras diferencias, pero tampoco quería que muriera...

Ramírez regresa.

Navarro – Señor Mascarado, le presento a la comisaria Ramírez.

Francisco – ¿No había muerto?

Navarro – Su hija.

Francisco – Mi más sentido pésame. ¿Y cómo murió?

Jaleón – También es confidencial.

Francisco – Preguntaba por el barón.

Ramírez – Todavía no sabemos con seguridad cómo murió.

Navarro – El señor Mascarado denuncia al barón por plagiar una de sus obras.

Ramírez – ¿Una obra de teatro?

Francisco – «Flagrante delirio». Su padre llevaba la investigación.

Ramírez – ¿En serio?

Francisco le entrega un libro y un DVD.

Francisco – Una copia de mi obra, publicada por Ediciones Milhojas, y la grabación de la representación. Verá que son idénticas.

Margarita regresa.

Margarita – ¿Dónde está mi marido?

Francisco (*sorprendido al verla*) – Bueno, yo me marcho...

Navarro – Lo estudiaremos y le avisaremos si hay novedades.

Francisco – Gracias. Tengo el coche en doble fila...

Francisco se va.

Ramírez – Lamento confirmarle que su marido ha muerto, señora.

Margarita – Lo sé, ya me lo ha dicho Narizón. Pero quería comprobarlo con mis propios ojos.

Navarro – Me temo que ahora mismo no podemos enseñarle el cuerpo.

Ramírez – Está en la morgue. Los forenses...

Navarro – En cuanto recupere un aspecto presentable, la llamaremos para identificarlo.

Margarita – Pues no se eternicen. Tengo un montón de cosas que hacer... Quiero decir, organizar el funeral.

Ramírez – Por supuesto...

Margarita – Y necesito verlo una última vez, para poder pasar página. Quiero decir... hacer el duelo.

Ramírez – Entendemos perfectamente, le aseguro...

Navarro – Jaleón, acompañe a la baronesa al despacho de la comisaria principal.

Margarita – No hace falta, conozco el camino. A ver si esta vez encuentro un té decente...

Navarro – Pregunte en recepción. El agente de guardia entiende mucho de infusiones.

Ella sale.

Jaleón – No parece demasiado afectada por la muerte de su marido.

Ramírez – ¿Lo ven? ¡Lo que yo decía!

Navarro – ¿Qué?

Ramírez – ¡Los dos casos están relacionados!

Navarro – ¿Qué casos?

Ramírez – ¡El de Mascarado y el de Casteladrón! Por no hablar de la muerte de mi padre.

Jaleón – Yo lo veo así, jefe: Mascarado denuncia un plagio. Al no obtener respuesta, decide tomarse la justicia por su mano y deja al barón encerrado en la sauna hasta matarlo.

Ramírez – ¿Y por qué elegir una forma de matar tan extravagante?

Jaleón – Morir achicharrado después de un fracaso tan sonado... Tiene que haber alguna intención simbólica.

Navarro – Debería escribir teatro, Jaleón. Pero hay algo que no encaja: ¿para qué iba a volver el asesino a esta comisaría justo después de matar al barón?

Ramírez – Para despistar. Quien no quiere parecer culpable se presenta como víctima.

Navarro entrega a Jaleón el libreto y el vídeo.

Navarro – Échele un vistazo, Jaleón. Usted que es tan experto en argumentos policiales. Luego me cuenta.

Jaleón – De acuerdo, jefe.

Ramírez – Yo voy a investigar un poco al barón. Este personaje me huele mal.

Ramírez abre el portátil y se pone a buscar información. Entra Narizón.

Narizón – ¿Cómo va la investigación?

Navarro – Avanzamos. Salvo que el fiscal Bombero nos ordene enterrar el caso con la víctima.

Narizón – Sigo sin localizarlo. Y estoy preocupada: se estaba considerando a Enrique de Casteladrón para sustituir al ministro de Cultura.

Navarro – ¿Va a dimitir el ministro de Cultura?

Narizón – Entre nosotros: acaba de descubrirse que no sabe leer ni escribir.

Navarro – ¿No tenía varios títulos universitarios?

Narizón – Falsos. No estudió nada. Dice que padecía fobia escolar. Lo obligarán a dimitir antes de que estalle el escándalo.

Ramírez levanta la vista de la pantalla.

Ramírez – Entonces casi mejor que Casteladrón no llegue a ministro.

Narizón – ¿Por qué lo dice?

Ramírez – Sospecho que el barón es un estafador profesional.

Narizón – ¿Un estafador?

Ramírez – Para empezar, de barón no tiene nada.

Navarro – ¿Cómo? ¿El barón no es barón?

Ramírez – Ni siquiera ese es su verdadero nombre.

Narizón – Pero, ¡eso es imposible! Es un amigo personal del Fiscal Bombero. Fue testigo en su boda.

Ramírez – Al casarse tomó el apellido de su mujer. El título lo tiene ella; él solo es su marido.

Narizón – Llevar el apellido de la esposa no es delito. ¿Por qué le llama estafador?

Ramírez – Debe dinero a medio mundo. Está metido en una docena de pleitos.

Narizón – Si nunca ha sido condenado...

Ramírez – Porque ha recurrido todas las sentencias. Estafas, falsificación de facturas, fraude fiscal...

Navarro – Y ahora plagio...

Ramírez – Ha engañado a medio país bajo distintos nombres.

Navarro echa un vistazo a la pantalla del ordenador.

Navarro – Incluso se ha hecho pasar por filósofo. ¡Eso sí que tiene mérito!

Ramírez – Este hombre vendería a su madre por salir en las noticias.

Narizón – Precisamente por eso pensaban hacerlo ministro.

Jaleón levanta la vista del libreto.

Jaleón – Es la misma obra, jefe. Exactamente la misma historia.

Navarro – ¿Y de qué trata?

Jaleón – Un enredo policial bastante disparatado. Y se parece mucho a lo que nos está pasando.

Navarro – ¿Es decir?

Jaleón – Un hombre aparece muerto en una sauna... y un comisario muere atragantado con un mejillón.

Ramírez – ¡Bingo!

Narizón – Me está asustando, Ramírez.

Ramírez – El hombre que acaba de salir de aquí no puede ser el asesino del barón.

Navarro – ¿Y por qué?

Ramírez – Porque Mascarado y Casteladrón ¡son la misma persona!

Narizón – ¿Qué?

Navarro – ¿Cómo descubrió eso?

Jaleón – ¿Reconocimiento facial? ¿Pruebas de ADN?

Navarro – ¿La Interpol?

Ramírez – Wikipedia. Aquí lo pone: Francisco Mascarado. Así se llamaba Casteladrón antes de casarse y adoptar el apellido de su mujer.

Jaleón – ¿Mascarado es el apellido de soltera del barón?

Narizón – ¿Quién es Mascarado?

Navarro – El dramaturgo que lo ha denunciado por plagio.

Narizón – ¿Y presentó una denuncia contra sí mismo?

Navarro – El colmo de la estafa: denunciarse a uno mismo y reclamar una indemnización.

Ramírez mira nuevamente la pantalla de su ordenador.

Ramírez – Y la supuesta baronesa hizo fortuna como actriz de cine para adultos. Después pasó a producir sus propias películas.

Navarro – ¡Sabía que esa cara me sonaba!

Jaleón – Una baronesa en películas porno... Ya ni la nobleza respeta las buenas costumbres.

Ramírez – Consiguió el título al comprar un castillo en ruinas a un anciano ciego que falleció poco después en circunstancias poco claras.

Un momento.

Narizón – Pero si Mascarado y Casteladrón son la misma persona...

Navarro – ¡Entonces el barón está vivo! Mascarado acaba de estar aquí.

Jaleón – ¿Y quién es el muerto del esmoquin que apareció en la sauna?

Negro.

Acto III

Navarro y Jaleón vuelven de comer y se quitan los abrigos.

Navarro – Hay algo que voy a echar de menos cuando me jubile, Jaleón.

Jaleón – ¿Nuestras comidas románticas, jefe?

Navarro – Los vales de restaurante.

Jaleón – Cuando se jubile tendrá tiempo de cocinar en casa.

Navarro – Pues no conocía ese restaurante. Se come de maravilla. ¿Cómo se llamaba?

Jaleón – «El Paraíso de las Conchas».

Navarro – Ah, sí. Estaba todo riquísimo.

Jaleón – Los mejillones con patatas fritas nunca fallan.

Navarro – Siempre que los mejillones estén frescos.

Jaleón – Y no se le atraviesen a uno en la garganta.

Navarro – Es verdad... Ahí fue donde se atragantó el comisario Ramírez.

Jaleón – Menos mal que no nos acordamos durante la comida. Se nos habría cortado el apetito.

Navarro – Consideremos esta visita una peregrinación involuntaria.

Jaleón – Nuestro último homenaje a un compañero tan querido. Ya que nos perdimos su funeral...

El teléfono de Navarro comienza a sonar.

Navarro – Navarro al habla. Sí, señora comisaria... De acuerdo, señora comisaria... (*Cuelga.*) Narizón viene para la identificación del cadáver.

Jaleón – ¿Qué piensa usted al respecto, jefe?

Navarro – ¿Qué pienso? Después de comer siempre he preferido ver a una mujer guapa que a un cadáver. Espero que la identificación no me revuelva los mejillones.

Jaleón – No, jefe. Le preguntaba qué piensa del caso.

Navarro – Ah, del caso... Tenía usted razón. Esto empieza a parecer un melodrama.

Jaleón – Cuando se jubile podría convertirlo en una obra de teatro.

Navarro – Esperemos a conocer el final antes de decidir si merece la pena escribirla.

Un momento.

Jaleón – ¿Puedo confiarle algo, jefe?

Navarro – ¿Qué?

Jaleón – No sé cómo decirlo, pero... A veces tengo la sensación de que nos observan.

Navarro – ¿Nos observan? ¿Quién?

Jaleón se acerca al borde del escenario.

Jaleón – Unos desconocidos ahí, en la oscuridad. Como si estuvieran al otro lado del espejo de una sala de interrogatorios.

Navarro – Ah, sí...

Jaleón – Han pagado una entrada, por lo menos algunos, y esperan que les contemos una historia cuyo final ni siquiera conocemos.

Navarro – Deje el whisky, Jaleón. Se está volviendo paranoico.

Jaleón – ¿Nunca se ha fijado en que este despacho solo tiene tres paredes?

Navarro – ¿Qué despacho?

Jaleón – ¡Este! ¡El escenario donde estamos actuando ahora!

Navarro – Cuando empiece a ver cucarachas gigantes por las paredes, avíseme. Llamaré para que vengan a buscarlo.

Jaleón – Descuide, jefe. El delirium tremens solo afecta a los alcohólicos cuando dejan de beber.

Navarro – Eso me tranquiliza.

Entran Narizón y Margarita.

Narizón – Sé que será un momento difícil, baronesa. Yo nunca he soportado ver un cadáver.

Margarita – En su profesión, debe de resultar complicado.

Narizón – Aun así, tendrá que identificar a su marido.

Margarita – Por desgracia, no creo que haya dudas. Pero supongo que es obligatorio.

Narizón – Normalmente es un simple trámite.

Margarita – ¿Normalmente?

Entra Ramírez empujando una camilla. Bajo la sábana se distingue un hombre muy alto cuyos pies sobresalen. Lleva mocasines con borlas.

Margarita – ¿Es una broma?

Narizón – ¿Qué quiere decir con una broma?

Margarita – ¡Ese no es mi marido!

Navarro – El dolor puede confundirla, señora. Pero espere, por lo menos, a verle la cara.

Margarita – ¡Mi marido no era tan alto! Y, sobre todo...

Ramírez – ¿Qué?

Margarita – ¡Yo jamás me habría casado con un hombre que llevara mocasines con borlas!

Ramírez – Aun así, le ruego que mire su rostro.

Ramírez levanta un extremo de la sábana. Margarita mira y se queda petrificada.

Margarita – ¡Dios mío!

Narizón – ¿Es su esposo?

Margarita – No. Justamente por eso.

Ramírez – Sin embargo, parece afectada.

Jaleón – Parece que le ha sentado mal descubrir que no es viuda.

Navarro – ¿Conoce a este hombre?

Margarita – No... Quiero decir... ¡No lo había visto en mi vida!

Narizón – Jaleón, retire eso de aquí. Qué horror... Me pregunto si ya le olían así los pies en vida.

Jaleón se va con el carrito.

Margarita – Creo que me voy a desmayar...

Narizón – A mí también se me ha revuelto el estómago. Voy a darle algo para reponerse.

Abre el cajón de Jaleón, saca su botella de whisky, llena una taza y se la ofrece a Margarita.

Navarro – Oficialmente está prohibido el alcohol en comisaría. Pero siempre tenemos una botella a mano para casos de urgencia.

Margarita apura la taza de un trago. Narizón se sirve otra y hace lo mismo.

Margarita – No está mal. Me tomaría otra.

Narizón le sirve más. Jaleón regresa.

Jaleón – Ya he dejado la carne en la nevera, jefe. Entre las cajas de sidra... (*Ve a la baronesa con su botella.*) Sírvase, sírvase. Como si estuviera en su casa.

Narizón – Venga a mi despacho, baronesa. Le tomaré declaración yo misma. La buena noticia es que, por ahora, no se ha quedado viuda.

Margarita – Si usted lo dice...

Narizón se lleva a Margarita. Jaleón descubre que casi no queda whisky.

Jaleón – ¿Ha visto, jefe? ¡Un whisky de doce años liquidado en un minuto!

Ramírez – Estoy convencida de que conocía a la víctima.

Navarro – Primero habrá que saber quién es la víctima.

Ramírez – Y qué hacía con esmoquin en la sauna de la baronesa.

Regresa Francisco Mascarado con un maletín.

Francisco – Perdonen que vuelva a molestarles.

Navarro – Vaya, ¡un resucitado!

Francisco (*incómodo*) – Precisamente venía por la muerte del barón.

Ramírez – Su viuda está aquí al lado. Vamos a llamarla para que pueda darle el pésame.

Jaleón – A menos que también venga a reconocer el cuerpo.

Francisco – Está bien, lo confieso. Yo soy el marido de la baronesa.

Navarro – Entonces está vivo.

Francisco – Eso parece.

Ramírez – ¿Y por qué se denunció a sí mismo por plagio?

Francisco – ¡Para dar publicidad a la obra!

Ramírez – ¿Publicidad?

Francisco – La obra es un fracaso. Pero si alguien la plagia, el público piensa que debe de ser buena. ¡El escándalo vende!

Jaleón – Es una lógica retorcida, pero tiene su lógica.

Navarro – ¿Qué nos asegura que no está mintiendo de nuevo?

Jaleón – ¿Y cómo sabemos que usted es realmente el barón?

Francisco se quita la peluca y el bigote falsos.

Francisco – A los grandes autores los plagian. Pero las obras de Enrique no las copiaría ni su peor enemigo.

Narizón llega con Margarita.

Narizón – Acompañaré a la Baronesa hasta su coche...

Margarita ve a Mascarado.

Margarita – ¡Dios mío! ¡Mi marido!

Francisco – ¡Margarita, cariño!

Margarita – Pero, ¿cómo es posible?

Francisco – Soy yo. No soy ningún fantasma.

Margarita – ¡Ay, qué impresión! Creo que voy a desmayarme.

Margarita finge desmayarse. Francisco corre a sostenerla.

Jaleón – Se me saltan las lágrimas.

Navarro – Sí, casi resulta creíble...

Narizón – Dejémoslos a solas para este emotivo reencuentro.

Salen todos menos Margarita y Francisco. Ella recupera el conocimiento de inmediato.

Margarita – Bueno, ¿qué te ha parecido?

Francisco – Muy bien. Estupendo.

Margarita – ¿Eso es todo?

Francisco – No, en serio. Eres una gran actriz.

Margarita – Es un papel difícil. Nunca había interpretado a una baronesa.

Francisco – Sí, bueno, precisamente...

Margarita – ¿Qué pasa?

Francisco – Quizá te estás pasando un poco.

Margarita – ¿Tú crees?

Francisco – «¡Dios mío, mi marido!» Esa frase no está en el texto.

Margarita – Está bien. Intentaré contenerme.

Francisco – ¿Y qué opinas de la obra?

Margarita – Bien, muy bien...

Francisco – Noto ciertas reservas.

Margarita – No, es original, pero...

Francisco – Pero... ¿qué pasa?

Margarita – No es muy realista, ¿verdad?

Francisco – ¿Por qué dices eso?

Margarita – Un idiota que muere en una sauna porque alguien ha pegado la puerta con pegamento instantáneo...

Francisco – Al menos eso no se ha visto nunca.

Margarita – Por algo será. De todas formas, no he entendido todo. Al final, ¿he matado yo a ese hombre o no?

Francisco – Espera al final y verás.

Margarita – ¿Seguro que tú conoces el final?

Francisco – Claro. ¿Volvemos al escenario?

Margarita – Vamos.

Navarro, Ramírez y Jaleón regresan.

Navarro – Jaleón, acompáñela fuera. Creo que aún tenemos unas preguntas para su marido.

Jaleón toma a Margarita del brazo.

Margarita – ¡Quite esas manos de encima!

Jaleón – He visto su filmografía en internet. Antes era usted bastante menos recatada. Por cierto, ¿cuál fue la película que la hizo famosa?

Ramírez – «El Paraíso de las Conchas».

Jaleón – Vaya, otra aficionada al cine.

Ramírez – Hablo del restaurante que hay junto al teatro. Todos los implicados en este caso comen allí mejillones con patatas fritas. ¿No le parece raro, Navarro?

Navarro da cabezadas, medio dormido. Al oír su apellido, se sobresalta.

Navarro – ¡Navarro al habla!

Ramírez lo mira, perpleja. Jaleón sale con Margarita.

Ramírez – Bien, Casteladrón... ¿Tiene algo que contarnos?

Navarro – O quizá prefiera que lo llamemos por su apellido de soltero.

Ramírez – ¿Quién era el hombre del esmoquin que apareció en su sauna?

Francisco – No tengo ni idea, se lo juro.

Navarro – Sí, claro. Ahora se hace el inocente.

Ramírez – ¿Era el amante de su mujer?

Francisco – En esos casos, los maridos solemos ser los últimos en enterarnos...

Navarro – El marido engañado que elimina al amante. Un clásico de las comedias de enredo.

Francisco – Lo he contado todo. Soy un estafador, sí, pero no un asesino.

Narizón regresa seguida de Jaleón.

Narizón – Barón... ¿Es usted de verdad?

Francisco – A su servicio, querida señora.

Narizón – Aún no he ido a ver su obra, pero me han hablado muy bien de ella.

Francisco – ¿De veras?

Narizón – La baronesa me ha regalado dos entradas para su obra y...

Navarro – Cuando termine de hacer relaciones públicas, ¿podemos seguir interrogándolo?

Narizón – Pero por supuesto, Comisario.

Ramírez – ¿Qué lleva en ese maletín?

Francisco – Nada importante, se lo aseguro.

Navarro (*mostrando la placa*) – Policía. Ábralo.

Francisco obedece a regañadientes. Ramírez examina el contenido del maletín.

Ramírez – Documentos de identidad falsos, tarjetas de crédito falsas, tarjetas sanitarias falsas...

Navarro – Y hasta un carné falso de actor.

Francisco – Ese es auténtico, se lo juro.

Narizón – Increíble... ¡También hay títulos universitarios falsos!

Francisco – Como en el teatro no sé crear buenos personajes, los invento en la vida real. ¿Qué tiene eso de malo?

Navarro – La falsificación de documentos es delito, señor Mascarado.

Jaleón – Salvo en tiempos de guerra, si uno está en el bando vencedor. Pero eso solo se sabe cuando termina la guerra.

Ramírez saca una libreta del maletín.

Ramírez – ¿Es la lista de sus clientes?

Francisco asiente en silencio.

Ramírez – Vaya. ¡Un auténtico directorio de la alta sociedad!

Francisco – Solo intento ayudar a amigos necesitados.

Ramírez – Mire esto, Navarro. Ministros, jueces, fiscales... Incluso policías.

Navarro – ¿De verdad?

Ramírez – No me lo puedo creer...

Narizón – ¿Qué más?

Ramírez – Atención... Bombero está en la lista.

Narizón – ¿El fiscal Bombero?

Ramírez – ¡Mascarado le vendió sus títulos falsos de Derecho!

Jaleón – Con lo llenas que están las facultades, casi habría que premiarlo por reducir la masificación.

Narizón (*horrorizada*) – Bombero... ¡Un impostor!

Navarro – Piense en lo cómodo que resulta: seis años de carrera con una sola firma.

Jaleón – Yo quería ser piloto comercial, pero los estudios eran largos. Si hubiese conocido a este hombre, hoy quizá no sería un policía alcohólico.

Ramírez – Sería un piloto alcohólico.

Narizón – ¡Un fiscal sin título! ¿Adónde vamos a llegar?

Navarro – Sí...

Ramírez – ¡Lleva treinta años ejerciendo de fiscal sin haber estudiado Derecho!

Francisco – Bueno, tampoco es que sea cirujano.

Navarro – Ahora se entiende por qué Bombero se pasaba la vida tapando los asuntos de sus amigos.

Ramírez – Jaleón, lléveselo.

Jaleón sale con Francisco.

Narizón (*alarmada*) – Esto se complica... Precisamente había quedado para comer con el fiscal y no contesta al teléfono.

Ramírez – ¿Con Bombero?

Narizón – En un restaurante de marisco.

Ramírez – «El Paraíso de las Conchas», supongo.

Narizón – ¿Cómo lo sabe?

Ramírez – ¿Y si Bombero quiso eliminar a Mascarado para hacerlo callar?

Navarro – Cuadra. Mascarado lo chantajea y el fiscal decide quitarlo de en medio.

Ramírez – Pero mata a otra persona.

Jaleón vuelve con el cadáver en la camilla.

Navarro – Deje de pasearse con esa camilla, Jaleón. Va a desgastar las ruedas.

Jaleón – Bombero no es el asesino, jefe.

Narizón – Ojalá tenga razón. Pero ¿cómo puede estar tan seguro?

Jaleón – Porque es la víctima. (*Levanta un extremo de la sábana.*) El hombre del esmoquin que encontramos en la sauna es Bombero.

Narizón – ¡Dios mío! ¡Señor fiscal!

Todos se acercan a la camilla y comprueban la identidad del cadáver.

Negro.

Acto IV

Ambiente de interrogatorio. Margarita está frente a Navarro y Ramírez. Navarro levanta una esquina de la sábana que cubre el cadáver en la camilla.

Navarro – ¿Sigue diciendo que no conoce a este hombre?

Margarita – ¡Dígalo sin rodeos! ¡Llámeme mentirosa!

Ramírez – ¿Cómo explica que apareciera, vestido de esmoquin, en la sauna de su casa?

Margarita – Hay muertes absurdas. Hasta conozco a uno que murió por atragantarse con un mejillón.

Ramírez se enfurece.

Ramírez – ¡Voy a acabar con ella!

Margarita – Le advierto que conozco personalmente al ministro de Cultura.

Ramírez – ¿Gracias al título falso que su marido le consiguió?

Navarro – Cálmese, Ramírez, déjeme a mí. Baronesa, ¿conoce usted algún oftalmólogo que no tarde seis meses en dar cita?

Margarita – Claro. Hay uno magnífico frente a mi casa. Le daré su número si quiere. Dígale que va de mi parte.

Navarro – Sería usted muy amable, Margarita.

Ramírez – ¿Qué tiene eso que ver con nuestra investigación?

Navarro – Nada. Es una técnica para ganarse su confianza. Y de paso quiero cambiarme las gafas antes de jubilarme.

Margarita – Hace muy bien. Los seguros cada vez cubren menos.

Ramírez (*indignada*) – Baronesa, ¿engaña usted a su marido?

Margarita – Querida, una señora de mi posición no contesta a esas preguntas.

Ramírez – Le recuerdo que hizo fortuna en el cine porno.

Margarita – Errores de juventud.

Ramírez – Pues seré más directa. ¿Era el hombre de la sauna su amante?

Margarita – No pienso decir nada más hasta que llegue mi abogado.

Navarro – ¿Lo ve? Ya la ha puesto a la defensiva.

Ramírez (*a Margarita*) – Espere a su abogado en el despacho contiguo.

Jaleón entra con la corona funeraria y la coloca sobre el cadáver del fiscal.

Margarita – ¡Se enterarán de quién soy! ¡No saben con quién están hablando!

Ramírez – Por una vez estamos de acuerdo.

Margarita sale teatralmente y se olvida el bolso.

Jaleón – Menudo matrimonio. Vaya usted a saber lo que ocurre entre esos dos.

Ramírez mira la corona mortuoria.

Ramírez – ¿Qué hace con esa corona?

Jaleón – Un último homenaje a nuestro querido fiscal Bombero. En los tribunales hay dos clases de acusados: los que no conocen la ley y los que conocen al juez. Los amigos de Bombero lo van a echar mucho de menos.

Navarro – En vez de filosofar, lleve al fiscal a un sitio fresco. Está como la justicia en este país: empieza a oler mal.

Jaleón – De acuerdo, jefe.

Jaleón se lleva el carrito. Narizón regresa.

Narizón – He informado al director. Está muy preocupado y exige la máxima discreción.

Navarro – Yo estoy más preocupado por mi medalla. Espero que Bombero hablase con el ministro antes de morirse.

Narizón – ¿Han conseguido que la baronesa confiese algo?

Navarro – Ni siquiera hemos logrado que diga su edad.

Narizón – Aunque ella lo niegue, Bombero tenía fama de mujeriego. Incluso yo, si hubiera querido...

Navarro – Todos sabemos que usted nunca se ha servido de su cuerpo para ascender, Narizón. Si lo hubiera hecho, no habría llegado tan lejos.

Jaleón regresa.

Jaleón – Bombero... Siempre dispuesto a apagar el fuego de las pasiones.

Navarro – Otro sentido oculto de su nombre, sin duda.

Ramírez – Pero seguimos sin saber qué hacía con esmoquin en la sauna.

Jaleón – Los amantes se esconden en los armarios. ¿Por qué no en una sauna?

Navarro – A mí lo que nunca me ha convencido es lo del pegamento. ¿No les parece un poco absurdo?

Regresa Francisco Mascarado.

Francisco – Reconozco que no fue mi mejor idea.

Navarro – ¿Entonces?

Francisco – ¿Y si decimos que alguien bloqueó la puerta desde fuera con un martillo y unos clavos?

Jaleón – A mí eso me convence más. ¿Qué dice, jefe?

Navarro – Bueno, si a ustedes les parece... ¿Qué opina, Narizón?

Narizón está absorta examinando el maletín de Francisco.

Narizón – ¡Dios mío! Mascarado también falsificó el título universitario del presidente. ¡Y los de todos sus ministros!

Navarro – Ahora sí que tenemos un asunto de Estado.

Navarro coge el bolso de Margarita y se vuelve un momento, como para inspeccionar su contenido.

Ramírez – Yo tengo otra hipótesis: el ministro del Interior manda matar al falsificador para proteger al presidente, pero los sicarios se equivocan y matan al fiscal, amante de la baronesa, que estaba escondido en la sauna.

Narizón – Un crimen de Estado que termina en una chapuza policial... Esa versión no me gusta nada.

Jaleón – O la baronesa quería matar a su marido y, por error, se cargó al amante que estaba escondido en la sauna.

Narizón – ¡Bravo, Jaleón! ¡Esa versión me gusta mucho más!

Navarro devuelve el bolso a su sitio y se vuelve hacia ellos.

Navarro – Y pasamos de un escándalo de Estado a un crimen pasional. El presidente conserva su puesto, el ministro también... y yo mi medalla.

Narizón – Todo arreglado. Y todos contentos.

Ramírez – ¿Van a cargarle el muerto a la baronesa?

Narizón – Reconozca que nos conviene a todos.

Ramírez – A todos menos a ella, si es inocente.

Navarro – Siempre puede alegar un arrebato pasional.

Narizón – Consiga una confesión completa, Navarro. Prefiero no presenciarlo, así que tiene carta blanca.

Navarro coge de nuevo el bolso de Margarita y lo registra a la vista de todos.

Navarro – No creo que haga falta emplear la fuerza. Miren qué he encontrado.

Saca un tubo de pegamento del bolso.

Ramírez – ¡El arma del crimen! ¡Pegamento fuerte!

Jaleón – Pero ¿no habíamos decidido que la puerta estaba bloqueada con...?

Navarro extrae del bolso un martillo y varios clavos.

Navarro – ¡Y un martillo y clavos!

Narizón – ¡Magnífico! Entonces sí que es culpable. ¡Qué alivio!

Navarro (*en voz baja a Narizón*) – He metido yo esas pruebas en el bolso sin que nadie me viera.

Narizón – ¿Lo ve, Ramírez? Los métodos antiguos siguen funcionando. Le echaremos de menos, Navarro.

Suena el teléfono. Jaleón descuelga.

Jaleón – ¿Sí? ¿Cómo? ¡No puede ser!

Narizón – ¿Y ahora qué?

Jaleón – Llaman de la morgue. Parece que el muerto no estaba del todo muerto... ¡Acaba de resucitar!

Narizón – ¡Dios mío!

Navarro – ¿Bombero está vivo?

Narizón – ¡Un milagro!

Ramírez – Les recuerdo que es un impostor.

Narizón – No sea tan rígida, Ramírez. A Jesús también lo tomaron por un impostor en su época.

Música solemne y luz casi sobrenatural. Narizón se arrodilla y se santigua.

Negro.

Acto V

Jaleón devuelve la camilla con el presunto cadáver, ahora conectado a un gotero.

Narizón – ¡Pero si llevaba más de doce horas en la morgue!

Ramírez – El forense también tiene un título falso. En realidad es un actor en paro.

Navarro – Como sigamos investigando, descubriremos que aquí todos somos actores.

Narizón – Pues muy buena cara no tiene...

Navarro – De una sauna a noventa grados a la cámara frigorífica de la morgue a veinte bajo cero... Ha debido de sufrir un choque térmico tremendo.

Jaleón – Pues a lo mejor el cambio de temperatura ha sido lo que lo ha resucitado.

Narizón – ¿Y el gotero?

Jaleón – Perdió toda el agua en la sauna. Ahora lo estamos rehidratando.

Entran Margarita y Francisco.

Narizón – Ah, la baronesa... y el barón.

Francisco – ¿Podemos saber qué está pasando aquí?

Margarita – ¿Todavía no ha llegado mi abogado?

Navarro – Acabamos de mandarlo a casa. Ya no les hará falta.

Margarita – ¡Esto es el colmo!

Navarro – No se altere. Todo está volviendo a la normalidad.

Narizón – Tenemos una noticia buena y otra mala...

Francisco – Díganos.

Narizón – El amante de su esposa está vivo.

Francisco – ¿Qué amante?

Margarita – ¿Y cuál es la buena noticia?

Narizón – Que ya no podemos acusarles de asesinato.

Francisco – ¡Margarita! ¿Intentaste matarme?

Margarita – Es un malentendido, cariño. Te lo explicaré.

Narizón – Les ofrecemos nuestras disculpas. Y proponemos archivar este caso que, entre nosotros, nadie ha entendido desde el principio.

Francisco – ¿Entonces podemos marcharnos?

Navarro – Todo ha sido una mala comedia policíaca.

Narizón – Una comedia que podría haber puesto en peligro las instituciones del Estado.

Ramírez – ¡Un momento! ¡Aún no hemos aclarado la muerte de mi padre!

Narizón – ¿Y qué le hace pensar que no murió de una manera absurda, igual que vivió?

Ramírez – Investigaba este caso y murió en «El Paraíso de las Conchas», al lado del teatro donde representan «Flagrante delirio». No puede ser casualidad.

Navarro – Averigüe la dirección de ese teatro, Jaleón. Iremos a comprobarlo.

Narizón – Eso puede esperar, Ramírez. ¡Vamos a brindar por la jubilación del comisario Navarro!

Navarro – Jaleón, saque la sidra.

Jaleón extrae varias botellas de sidra sin alcohol de debajo de la sábana de la camilla.

Narizón – ¿Una copa, baronesa?

Margarita – Encantada. Pero llámeme Margarita.

Narizón – Barón, ¿una copa de champán de mentira?

Francisco – Gracias. Yo fingiré que me lo bebo.

Suena el teléfono. Navarro descuelga.

Navarro – Navarro al habla...

Jaleón – Cuánto voy a echar de menos oír eso.

Navarro – Sí, señor ministro... Gracias, señor ministro... (*Cuelga.*) Amigos, el ministro del Interior me impondrá mañana una condecoración por mis servicios a la nación.

Narizón – ¡Enhorabuena, Navarro! Una razón más para celebrar el final de la investigación.

Ramírez – ¡El ministro del Interior está en la lista de los que compraron un título falso!

Narizón – Ramírez, si quiere hacer carrera aquí, tendrá que aprender a ser más flexible.

Francisco – Si echáramos del gobierno a todos los mentirosos, nos quedaríamos sin gobierno.

Navarro – La justicia no está para proteger a todos los inocentes, Ramírez, sino para evitar que determinados culpables sufran molestias innecesarias.

Narizón – Y lo mejor es que no hay víctimas. Por suerte, aquí solo vamos a enterrar el expediente. La vida sigue.

Ramírez – Mi padre sí ha muerto.

Jaleón – No se preocupe, Ramírez. Ser huérfana también tiene sus ventajas.

Navarro – Sobre todo dentro de la policía. Hay ayudas estupendas para los hijos de los agentes.

Narizón alza su copa.

Narizón – ¡El comisario Ramírez ha muerto! ¡Viva la comisaria Ramírez!

Navarro – Este despacho será suyo, Ramírez. A su padre le habría gustado verla ocupándolo.

Jaleón – En el lugar del difunto.

Narizón – Y un consejo, Ramírez: no intente poner orden en esta comisaría.

Navarro – ¡Bienvenida a la policía, Ramírez! Pierde usted un padre, pero entra en una gran familia.

Narizón – Otro caso resuelto, Navarro. Su último caso.

Jaleón – ¿Y la denuncia por plagio? ¿También la archivamos?

Navarro – Todos los escritores son falsificadores, Jaleón. A veces hasta se plagian a sí mismos.

Jaleón – Al menos ellos no pretenden gobernar un país.

Ramírez – Comisario...

Navarro – ¡Navarro al habla!

Ramírez – He comprobado la dirección del teatro donde se representa «Flagrante delirio». Es la misma que la de esta comisaría...

Narizón – ¿Quiere decir que nosotros mismos estamos representando esa obra ahora mismo?

Francisco – Como dijo Shakespeare, el mundo es un escenario y todos somos actores.

Margarita – Pues brindemos por el más grande de todos.

Todos levantan sus copas.

Todos – ¡Por Shakespeare!

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Mayo 2023

ISBN 978-2-37705-946-1

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.